

Objeto de estudio, objeto empírico: dilemas y dimensiones a propósito de una investigación

Eva Da Porta*

El título de un trabajo académico es siempre una promesa que nos posiciona enunciativa, teórica y epistemológicamente frente a posibles lectores imaginados y reales que operan como destinatarios, pero fundamentalmente como interlocutores. El título de este trabajo propone hacer referencia al problema del objeto de estudio y para ello hace entrar en escena al objeto empírico, abriendo así un horizonte de reflexión que consideramos necesario, aunque muchas discusiones al respecto parecen ya saldadas. Hay algo en el vínculo con el referente que nos sigue interpelando y que requiere retomar ciertos debates que muchas veces se eliden.

La elección de un título que da nombre y por tanto identidad a un texto que se pretende académico inaugura un diálogo con la comunidad de investigadores, pero también retoma otros debates anteriores, discusiones previas en una trama discursiva que se dirige al futuro, a las posibles respuestas. Ese espacio interdiscursivo entre un texto y las otras voces que lo habitan es el más productivo, el enunciado aislado carece de interés por sí mismo. Como tempranamente destacó Peirce¹ el verdadero espacio de producción conocimiento se da en el marco de la comunidad de investigadores, pues la ciencia no es una tarea individual, el conocimiento es una tarea colectiva que requiere de debates, intercambios, retomas, diálogos. Las ciencias y en particular las ciencias sociales y las humanidades son tarea colaborativa, interdiscursiva, dialogal, intertextual. Lo que no implica libre de conflictos, debates y posicionamientos. En ese sentido, este texto está expresamente trabajado en esa línea, como un enunciado que pretende entrar en diálogo con los otros textos que conforman este corpus, que lo acompañan, lo discuten y lo vuelven más significativo.

Peirce² (1905) nos dice:

No llamo ciencia a los estudios solitarios de un hombre aislado. Sólo cuando un grupo de hombres, más o menos en intercomunicación, se ayudan y estimulan unos a otros al comprender un conjunto particular de estudios como ningún extraño podría comprenderlos, [sólo entonces] llamo a su vida ciencia. No es necesario que todos trabajen sobre el mismo problema, o que todos estén completamente familiarizados con todo lo que otro de ellos tiene necesidad de saber; pero sus estudios deben estar tan estrechamente ligados que

* Doctora en Comunicación por la Universidad Nacional de la Plata. Investigadora en el Centro de Estudios Avanzados de la Universidad Nacional de Córdoba, en las líneas de investigación: Estudios culturales, Análisis del discurso, Educación y Tecnología.

¹ PEIRCE, C. S., *El hombre un signo*, España, Editorial Crítica, 1988.

² PEIRCE, C. S., "The Nature of Science", *MS 1334, Adirondack Summer School Lectures*, 1905.

cualquiera de ellos pudiera hacerse cargo del problema de cualquier otro después de algunos meses de preparación especial, y que cada uno entendiera bastante minuciosamente en qué consiste cada uno de los trabajos de los otros; de modo que al juntarse dos de ellos, estarían completamente informados uno de las ideas del otro y del lenguaje que éste hablara y se sentirían como hermanos. En particular, una cosa que frecuentemente les une es su habilidad común, que no poseen los extraños, para el uso de ciertos instrumentos, y su habilidad común para desarrollar ciertas clases de trabajo.

En esta cita se destacan algunos puntos que aún nos interpelan en nuestra tarea diaria y nos permiten reflexionar, quizás en términos éticos. Más allá de la buena o mala voluntad de los investigadores individuales y de su capacidad personal para la investigación, la producción de conocimiento es una tarea mancomunada, intersubjetiva, colectiva. La mayor significatividad se da en el juego entre los textos, en el interdiscurso que se abre entre una investigación y otra, entre los hallazgos de una y las conclusiones o nuevas preguntas de otra. Se va conformando así una comunidad compleja pues no sólo se plantea en términos cognitivos sino también como dice Peirce en términos afectivos. Hay un parecido de familia, un horizonte de sentido compartido, trayectorias semióticas similares que hacen posible la construcción de esa trama de sentido que llamamos ciencia. Una trama de sentido expuesta a los malos entendidos, a los desacoples y rupturas, como todo proceso atravesado por el lenguaje. Justamente porque hay lenguaje compartido es que hay trabajo colaborativo (no exento de conflictos), aunque algunos hoy todavía sostengan y cuantifiquen para evaluar la calidad de la ciencia el valor de la obra acabada, la centralidad del autor individual y la productividad monológica. La cita de Peirce nos pone de lleno en la dimensión ética de nuestro trabajo. No tanto como el “deber ser” del buen investigador sino como descripción de la complejidad de dimensiones que entran en juego en la generación de conocimiento, entre las que el compromiso con los otros investigadores, con la comunidad, es condición de posibilidad. Este trabajo tuvo la clara intencionalidad de entrar en diálogo con los y las colegas participantes en el encuentro y en ese sentido está ya habitado por esa escena presencial, por las voces y pensamientos de otras y otros investigadores que me permitieron reflexionar nuevamente sobre el objeto originalmente planteado para la discusión.

Escribir un texto académico, titularlo, es entonces un compromiso con el propio lenguaje, con el lenguaje académico, con los términos seleccionados de ese mundo común de la comunidad de investigadores que nos permiten y a la vez nos constriñen a nombrar de determinada manera aquello que intentamos desentrañar. Es un compromiso también con el horizonte que abre el lenguaje, con las palabras elegidas que son portadoras de una fuerza simbólica, ciertamente podríamos decir de una violencia

simbólica, cuyos presupuestos, designaciones, y polisemia nos condicionan, nos comprometen y nos constriñen, pero también son las herramientas que nos habilitan a la creación de *mundos posibles*.³

El imperativo del lenguaje escrito no se hace esperar, se impone a quien asume la escritura académica. Lo compromete frente a la palabra escrita, a los juegos de lenguaje que la atraviesan, a sus procedimientos discursivos, a los subgéneros, estilos y reglas, a las “traducciones intralingüísticas”, diría Derrida⁴ pero también a las escuelas, tendencias y paradigmas sedimentados en las palabras. La escritura nos expone a sus propias condiciones, al universo virtual que la constituye y a lo que la hace posible. Son las propias condiciones de la escritura académica las que están presentes y se imponen al momento de escribir.

Derrida nos señala algo respecto del uso del lenguaje en la filosofía, aun advertencia que también creemos, puede aplicarse a la escritura de las ciencias sociales y las humanidades cuando se proponen investigar: “Es preciso estar entrenado para reconocer las connotaciones, los llamados efectos de estilo o de retórica, las potencialidades semánticas, los pliegues y repliegues virtuales (...)”.⁵ Más aun cuando lo que intentamos comunicar son hallazgos de investigación, trazas de la empiria analizada, fragmentos de sentido recortados de la vida social, testimonios, prácticas, discursos, documentos.

El compromiso de un título

En ese juego, es imperativo inscribir e inscribirse en un tema, nominar de alguna manera aquello de lo que se pretende escribir y es entonces cuando la potencia del título, su capacidad de condensación y de síntesis nos obligan a nominar y a referenciar el objeto y por tanto nos posiciona frente a él y al propio campo de investigación.

Derrida⁶ señala:

Un título siempre tiene la estructura de un nombre, induce efectos de nombre propio y a título de ello, permanece de manera muy singular ajeno tanto a la lengua como al discurso en donde introduce un funcionamiento referencial anormal y una violencia, una ilegalidad que funda el derecho y la ley.

Cierta extrañeza frente a las “propias” palabras, una vez inscriptas en la superficie del texto, en el espacio en blanco, no hace otra cosa que poner en evidencia la exterioridad

³ VERÓN, E., *Efectos de agenda II. Espacios Mentales*, Buenos Aires, Gedisa, 2002.

⁴ FERNÁNDEZ AGIS, D., “Filosofía y compromiso en Derrida y Levinas”, *La lámpara de Diógenes, Revista de Filosofía*, Nro. 18 y 19, 1999.

⁵ *Ibidem*.

⁶ DE PERETTI, C., *Jacques Derrida, texto y deconstrucción*, Madrid, Anthropos, 1989, pág. 165.

del lenguaje, el peso de las voces ajenas, de las tradiciones teóricas y epistemológicas que resuenan en las palabras elegidas, palabras que de algún modo nos eligen al elegirlas.

En fin, ¿qué implica la promesa del título que anuncia poner en juego la relación entre objeto empírico y objeto analítico en ciencias sociales y humanidades? ¿Acaso es posible hablar de tal cuestión, es posible hablar de “objeto empírico” sin hacer antes una caución constructivista y semiótica de la realidad? ¿No bastan las innumerables páginas de crítica demoledora al positivismo, con la que además acuerdo, para dar por tierra con la preocupación por el objeto empírico? ¿Por qué razón hoy sigue siendo significativa esta discusión para las ciencias sociales? ¿Cuánto tiene que ver el lenguaje con este problema?

En primer lugar creo necesario reintroducir la preocupación por lo empírico, por el sustento empírico de nuestro conocimiento sobre lo real social, diría, en tanto refleja una inquietud ciertamente genuina pues el fantasma de la realidad no deja de acosarnos a la hora de pensar y llevar adelante nuestras investigaciones. Quizás ya no nos acosa el espectro de la adecuación de la teoría a los hechos, sino aquel que nos interpela acerca del lugar que ocupa nuestra investigación en la definición y comprensión de los hechos, en su existencia misma en tanto “problemática social significativa”. Y en este punto es cuando la problemática del lenguaje deviene central. Las ciencias sociales y las humanidades contribuimos a definir algunas cuestiones de índole social como problemática, como situaciones conflictivas que ponen en evidencia desajustes estructurales, desacoples, defasajes, injusticias, emergencias, transformaciones.

Creo yo que las ciencias sociales tienen un particular compromiso con las realidades estudiadas y ese compromiso está íntimamente vinculado al uso del lenguaje, a los lenguajes que usamos para designar esas situaciones, para analizarlas y también transformarlas. Para ahorrar recorrido, diremos que el lenguaje, el problema del lenguaje tiene absoluta implicancia en la posibilidad misma de pensar el objeto empírico en ciencias sociales y humanidades. Nótese que no hablamos de dato empírico, sino de objeto en tanto construcción en torno a lo que se considera empírico. Desde nuestra perspectiva el objeto empírico no es el resultado de ninguna aprehensión directa de la realidad, nuestro vínculo con lo real está constitutivamente mediado por la red semiótica, no hay hecho o segundidad, en términos de Peirce, que nos llegue sino a través de una terceridad, un pensamiento, un signo. La posibilidad de la experiencia del mundo material, (también de la materialidad del lenguaje) está siempre mediada por la

cognición, la terceridad, el signo, la ley. Es decir que el lenguaje mismo es condición de posibilidad de reconocer a alguna realidad, un segmento de la realidad como objeto empírico. Ahora bien, debemos señalar entonces que la dimensión performativa del lenguaje académico/científico no es un tema menor para las ciencias sociales. La designación y la operación de definición del objeto de estudio tienen el poder de crear realidades sociales, de separarlas del continuum de la significación, de segmentarlas del todo de la experiencia cotidiana, material y simbólica, histórica y volverlas una cuestión de estudio. Lo que queremos señalar es que en la propia definición del objeto empírico intervienen operaciones discursivas que lo identifican, lo caracterizan, lo cuestionan, lo vuelven significativo. Estos procedimientos discursivos tienen el poder de intervenir sobre mundos ya existentes, desnaturalizándolos, problematizando sus núcleos básicos, quebrando sus sedimentaciones, deconstruyendo los sustratos de que está hecho, identificando las series que los hacen posibles. Aunque aún la operación teórica no haya entrado en juego abiertamente, el sólo recorte de un segmento de la realidad para ser estudiado, implica el uso de redes conceptuales, perspectivas ontológicas y concepciones sobre la realidad que es necesario problematizar.

De modo que posicionada desde ese lugar que permite la reflexividad sobre la propia práctica es que me propongo volver sobre algunas de estas tensiones que habitan como fantasmas la escritura, los informes, los artículos de investigación y, en particular, mi trabajo desde hace unos años en el difuso campo de cruce que hoy se define entre teorías sociales y humanidades.

Inquietudes

Mi inquietud principal se orienta a pensar el conjunto de operaciones que realizamos a la hora de idear y desarrollar una investigación en el campo transdisciplinar de las humanidades y las ciencias sociales, cuando no pretendemos descubrir nada, sino comprender un fenómeno o alguna dimensión, cuando nuestros objetos de estudio nos llevan a interrogarnos por la realidad, cuando nos interesa reconstruir procesos y también emergencias y cuando pensamos que la teoría nos permite desentrañar algunas problemáticas sociales que nos preocupan. Es decir cuando nos interesa conocer cómo funcionan los distintos mundos sociales, cómo los sujetos van dando sentido a sus prácticas, cómo se van institucionalizando determinadas ideas, valores, prácticas. En ese marco las preguntas son: ¿Cómo decidir sobre lo real?, ¿qué recorte hacer?, ¿qué discursos analizar?, ¿qué sujetos entrevistar?, ¿qué contextos observar? Creo, como ya lo planteé en la primer parte de este trabajo, que el interrogante respecto del mundo

empírico no es del orden metodológico en primera instancia, pues la pregunta por cómo investigar esos objetos puede ser respondida desde distintas perspectivas más o menos consistentes. La pregunta que me inquieta es aquella que señala la invisible trayectoria entre el objeto de estudio, el objeto analítico y el objeto empírico. ¿Qué razones me amparan como investigador/a para reconocer en determinado documento una política cultural o en un testimonio una narrativa autobiográfica? ¿Cómo nos acercamos a la realidad material, a la realidad simbólica, a los archivos y documentos, a los sujetos, a los micro o macro espacios que queremos investigar?

Creo que hay un punto ciego en muchas de nuestras investigaciones, cuando hacemos el salto de la pregunta de investigación al objeto empírico o al revés quizás, cuando partimos del objeto empírico y proyectamos a partir del mismo, por ejemplo de un corpus (una ley, discursos mediáticos, políticos, etc.) una pregunta de investigación. ¿Qué ocurre en ese espacio? ¿Qué operaciones realizamos? ¿Qué concepciones en torno de lo real es posible reconocer en nuestras elecciones o recortes empíricos?

Hay una pregunta que no solemos hacernos, algo queda elidido cuando elegimos una institución para realizar una observación, cuando recortamos una muestra comparativa, cuando interrogamos a algunas personas sobre el objeto de nuestro interés, cuando definimos un *corpus*. Opera ahí cierta naturalización de lo real social, cierta cosificación o sustancialización que nos lleva a “creer” realmente en ese objeto/ese sujeto a estudiar como un objeto/sujeto de la realidad. Y decimos “creer” porque la operación más importante es del orden de la creencia. Creemos que ese sujeto entrevistado es un docente, por lo que su respuesta a nuestras preguntas corresponde a su rol/perfil/subjetividad “docente”. A la hora de ir al trabajo empírico rápidamente categorizamos la realidad con categorías escasamente reflexivas. No nos preguntamos si ese sujeto entrevistado responde así porque “es” docente, y en ese sentido deberíamos reconocer ¿cuáles son los rasgos que lo caracterizan como tal o por qué nosotros lo entrevistamos como docente, en una escuela, en la universidad? ¿Qué nos habilita a objetivar, en nuestra investigación, su discurso como muestra de “discurso docente”?

Creo que muchas veces desarrollamos dispositivos teóricos muy sofisticados, antiessentialistas, críticos, no metafísicos, e inclusive marcos metodológicos flexibles y reflexivos pero a la hora de trabajarlos en “lo real social” operamos una suerte de amnesia, nos manejamos con criterios naturalistas, irreflexivos, sustancialistas, muchas veces de sentido común. Y no me estoy refiriendo a aquellas perspectivas que toman como objeto de estudio la vida cotidiana, pues allí hay un esfuerzo por problematizar. Me

refiero a las disciplinas que tomamos objetos de estudio sociales y operamos una suerte de reduccionismo necesario sobre la realidad, sin ninguna precaución analítica o reflexiva.

En muchas ocasiones dejamos que reaparezcan esquemas positivistas, escencialistas, no constructivistas en el marco de investigaciones que se posicionan en la vereda contraria. Esta cuestión es preocupante porque habla de cierta debilidad en las investigaciones que pretenden salirse de la “lógica de los hechos”, pero es aún más alarmante en aquellas investigaciones cuyos objetos de estudio son sujetos (individuales o colectivos), porque terminan enclasándolos en categorías previas no puestas a crítica o naturalizadas sin ninguna operación analítica en clasificaciones identitarias o subjetivas. Este es el caso recurrente de los estudios de juventud, que terminan ejemplificando los rasgos de lo juvenil, definido previamente, con los sujetos investigados, adscribiéndolos a tribus y agrupaciones preconstruidas y estáticas. De igual modo se opera en cuestiones de género. En numerosas investigaciones sociales se siguen tomando como sinónimos género y sexo, definiéndolos como una categoría biológica y por tanto como una variable dicotómica que permite distinguir y clasificar a los sujetos.

Si se parte en términos teóricos de una noción relacional de la identidad, no puedo luego en el trabajo de campo, reescencializar a los sujetos, clasificándolos en roles identitarios estáticos, o no problematizando sus adscripciones genéricas. La contingencia, la relacionalidad, el antagonismo como rasgos constitutivos de lo social tienen también que poder analizarse en los objetos empíricos. Si no, sostenemos una doble moral, constructivista o deconstruccionista en lo teórico y sustancialista o escencialista a la hora de abordar los procesos sociales. Quizás sea un problema metodológico, pero no en términos procedimentales sino en términos epistemológicos, de reflexividad sistemática y de reflexión ontológica acerca de nuestras operaciones sobre lo empírico. Una práctica reflexiva que nos permita explicitar y reconocer, si no queremos caer en un empirismo ingenuo, cuáles son, en el marco de la investigación, “las condiciones de existencia” de los fenómenos estudiados, que son siempre, como dice Bisset⁷ “condiciones de posibilidad e imposibilidad al mismo tiempo”. Por ello, pensar en las condiciones de existencia de los acontecimientos nos obliga a construir un andamiaje más complejo a la hora de definir el objeto empírico, pues debemos evaluar sus condiciones de posibilidad que son también las de su imposibilidad. La trama de sentido se complejiza y podemos

⁷ BISSET, E., “Ontología de la diferencia”, en *Ontologías Políticas*, Buenos Aires, Imago Mundi, 2011.

desescencializar los objetos. Lo que no nos exime de preguntarnos por la índole de esos acontecimientos, por su régimen de existencia, por el proceso de su constitución, por su dimensión ontológica.

Quizás sea como dice Latour:⁸ “El error que cometimos, en todo caso el que yo cometí fue creer que no había forma más eficiente para criticar los asuntos de hecho que alejarse de ellos y dirigir la atención hacia las condiciones que los hicieron posible. Pero esto significó aceptar acríticamente lo que éstos eran.”

Esto nos exige entonces, en otro nivel de reflexión, quizás una metareflexión que implique la contextualización de los objetos empíricos, su historización y el análisis deconstructivo de los supuestos que los constituyen, de igual modo el reconocimiento de las series discursivas y no discursivas que los hacen posibles. Es como decía Bachelard⁹ (1987): se hace necesario conocer *en contra del sentido común*, pero en este caso en contra del propio sentido común académico, que se impone como un conjunto de tópicos indiscutidos a la hora de nuestras elecciones empíricas.

Debe haber creído un cuestionamiento más profundo, que vaya más allá de la justificación de la muestra o de la explicitación de los criterios de selección. Una metareflexión menos permisiva y más rigurosa que nos exija dar cuenta de esas elecciones, de nuestras creencias, valores y prejuicios, no respecto del objeto de estudio, pues se supone que la discusión teórica nos cubre de eso, sino de los objetos empíricos. Creo que operamos una suerte de abandono de la teoría o del posicionamiento epistemológico a la hora de encontrarnos con los “hechos”, con los sujetos, con los documentos. Una suerte de cosificación del objeto empírico, que creo empobrece los resultados de investigación.

Si bien asumimos que nuestros objetos de estudio son construidos y afirmamos que el punto de vista define el objeto, ¿cuánto hacemos extensivo este supuesto a las elecciones y operaciones sobre los objetos empíricos?, ¿sólo el objeto analítico es construido?, ¿qué nos aporta a las investigaciones sociales un trabajo sobre *corpus* específicos, el análisis de documentos o un trabajo de campo localizado?, ¿por qué realizamos investigaciones con/en la realidad? ¿Qué saltos damos entre objeto teórico y objeto empírico? ¿Las operacionalizaciones son suficientes para garantizar este diálogo o hacen reingresar por la ventana el fantasma del positivismo que echamos por la puerta?

⁸ LATOUR, B., *Reensamblar lo social*, Buenos Aires, Manantial, 2008.

⁹ BACHELARD, G., *La formación del espíritu científico*, México, Siglo XXI, 1987.

La pregunta que queda en suspenso es ¿qué creemos nosotros acerca de esos objetos empíricos, cómo los valoramos, cómo los catalogamos y los clasificamos, qué teorías tenemos acerca de su existencia?

Creo que hay un momento de nuestras investigaciones empíricas donde nos manejamos con teorías tácitas, como esquemas preconstruidos, y donde esencializamos a los objetos empíricos deshistorizándolos y descontextualizándolos a tal punto que justamente pierden su condición de “social”, en tanto lazo, conexión, conflicto o vínculo con otros, con “lo otro”. A veces el viejo positivismo, como un fantasma, se filtra en nuestras investigaciones, pero vestido con otros ropajes.

A propósito de una investigación

Estas inquietudes son el resultado de una investigación colectiva que realizamos en torno a los sentidos que asumía la incorporación de tecnología de la información y la comunicación en el sistema escolar argentino en los últimos años. En dicha investigación partimos del análisis de los documentos ministeriales, pero a poco de andar el objeto se nos disparó con lógica de un rizoma en varios sentidos y capas analíticas. Los documentos ministeriales dialogaban con otros textos, con documentos de organismos internacionales, con discursos de mercado y con matrices teóricas diversas, pero también con la lógica de funcionamiento del propio sistema educativo, de sus micropolíticas y modalidades de apropiación docente y trabajo en el aula. De modo que decidimos seguir las líneas interpretativas, las conexiones contextuales que los propios documentos nos señalaban, lo que derivó en una investigación compleja que se debió organizar en varios niveles de funcionamiento: la macropolítica, el nivel intermedio de implementación y la lógica del aula.

A poco de acercarnos a nuestro primeros objetos, los documentos ministeriales, tuvimos que contextualizarlos, historizarlos y reconocer un conjunto de matrices teóricas e ideológicas que no estaban presentes en las hipótesis iniciales. Poder reconocer las sedimentaciones de sentido, las intertextualidades, nos permitió abrir el objeto de estudio a nuevas dimensiones.

La complejidad de niveles de funcionamiento del sentido, es decir, las distintas capas de semiosis que analizamos y la diversidad de objetos empíricos que fuimos incorporando nos plantearon una serie de interrogantes en torno a las decisiones empíricas y a los modos de articular esos análisis con las hipótesis teóricas que fuimos construyendo y revisando a lo largo de la investigación. Creemos que sin ese diálogo a veces conflictivo con los objetos empíricos nuestro objeto de investigación no hubiera prosperado, pues las

hipótesis iniciales no alcanzaban siquiera a dar cuenta de la complejidad del fenómeno estudiado. La propia dinámica de la investigación nos permitió esas aperturas y esa heterogeneidad de prácticas, hechos y objetos empíricos analizados que quizás no guarden demasiada homogeneidad entre sí pero que a nosotros nos permitieron reconstruir las trazas y trayectorias de sentido, los saltos y emergencias en distintos niveles que de otro modo no hubiéramos podido identificar.

Ahora bien y para finalizar, ¿qué hizo posible construir un *corpus* heterogéneo compuesto por documentos, entrevistas y observaciones? La adopción de una perspectiva discursiva en torno del sentido y del funcionamiento rizomático de lo social que quizás no se hizo evidente sino hasta el final cuando debimos reconstruir los caminos seguidos por algunos significantes.

A la distancia, y luego de haber tomado algunas decisiones un tanto a ciegas y por mera intuición, ahora podemos reconocer que en nuestra concepción acerca de lo real sostuvimos una perspectiva discursiva en tanto modo de constitución y también de acceso a lo real. Asimismo, sostuvimos una idea rizomática de los acontecimientos estudiados, en tanto pueden emerger en cualquier nivel de funcionamiento, inclusive como dice Latour,¹⁰ desde una perspectiva conexionista donde: “lo macro no se encuentra ‘encima’ ni ‘debajo’ de las interacciones, sino agregado a ellas como otra de sus conexiones, alimentándolas y alimentándose de ellas”.

Estas “prenociones” nos permitieron poner en pie de igualdad “relativa” el texto de una ley nacional, el documento de un organismo internacional, un material de capacitación, los contenidos del portal Educ.ar y las entrevistas realizadas a estudiantes y docentes, en tanto manifestaciones discursivas con cierta regularidad temática. Decimos en un pie de igualdad discursiva y no analítica pues la perspectiva de análisis del discurso implica la contextualización de esas emergencias y la identificación de las condiciones que las hicieron posibles. Eso complejizó el análisis y creo que hubiera requerido de un trabajo en mayor profundidad que apuntara a comprender no solo esos funcionamientos desfasados entre niveles sino también cuáles fueron las conexiones que los hicieron posibles. Si hubiéramos explicitado estas perspectivas creo nuestra investigación hubiera alcanzado un nivel de comprensión más complejo.

Las elecciones empíricas no solo orientan la investigación sino que la producen, no son el resultado de la aplicación práctica de supuestos teóricos sino que son el resultado de

¹⁰ LATOUR, B., *Reensamblar lo social*, Buenos Aires, Manantial, 2008, pág. 255.

concepciones (teóricas) previas que si no se explicitan, se revisan, y se ponen en crisis, debilitan la fuerza interpretativa de una investigación. Latour¹¹ plantea al respecto la necesidad de pasar del estudio de lo que llama “cuestiones de hecho” a lo que denomina “cuestiones problemáticas”, asuntos de preocupación. Señala: “la cuestión es que los *asuntos de hecho* son una muy pobre aproximación de experiencia y de experimentación que no puede de ninguna manera dar cuenta de lo que es requerido por una actitud realista frente a la investigación.” Una actitud realista no implica una mirada empiricista, sino una búsqueda de aquellas cuestiones problemáticas, asuntos de preocupación, diría Latour¹² (2004) en torno de los cuales se anudan tanto las cuestiones sociales como las teóricas.

Preguntarnos por el objeto empírico nos obliga a pensar, que la operación que realizamos no es el mero reconocimiento de un objeto preexistente, es un encuentro con el objeto a través de la trama del sentido que le imponemos. El acontecimiento, como dice Deleuze¹³ (2005), no existe al margen de ese encuentro con la trama que le da sentido y desde ese lugar el encuentro nos fuerza a plantear un problema, un campo problemático un asunto de preocupación diría Latour. En ese sentido sostenemos que el encuentro con lo empírico no puede corroborar alguna idea previa sino que debe poder ayudarnos a pensarla, a cuestionarla. La *empiria*, entendida como construcción de sentido mediada por el lenguaje y no como acceso directo a la realidad, debe servir más para problematizar los hallazgos teóricos que para reforzarlos, para ponernos frente a la contingencia de lo incierto, de lo posible, de lo virtual, en tanto no hay un real afuera al que el conocimiento representa, sino una construcción a la que el conocimiento le da sentido. El acontecimiento no es otra cosa que las proposiciones que lo nombran y el sentido es lo que se encuentra entre las palabras y las cosas diría Deleuze.

Para finalizar quisiera traer dos preguntas que Deleuze¹⁴ se hace, que no dejan de inquietarme a la hora de pensar estas cuestiones: ¿cómo pensar sin falsear los hechos? ¿Como pensar de otro modo?

¹¹ LATOUR, B., “¿Por qué se ha quedado la crítica sin energía? De los Asuntos de Hecho a las Cuestiones de Preocupación”. *Revista Convergencia*, nro. 3, Brasil, Mayo-agosto, 2004.

¹² *Ibidem*.

¹³ DELEUZE, G., *Lógica del sentido*, Buenos Aires, Paidós, 2005.

¹⁴ DELEUZE, G., *Nietzsche y la Filosofía*, Barcelona, Anagrama, 1989.

Referencias

- BACHELARD, G., *La formación del espíritu científico*, México, Siglo XXI, 1987.
- BISSET, E., “Ontología de la diferencia” en *Ontologías Políticas*, Buenos Aires, Imago Mundi, 2011, Pág. 34.
- DELEUZE, G., *Nietzsche y la Filosofía*, Barcelona, Anagrama, 1989.
- _____, *Lógica del sentido*, Buenos Aires, Paidós, 2005.
- DE PERETTI, C., *Jacques Derrida, texto y deconstrucción*, Madrid, Anthropos, 1989.
- FERNÁNDEZ AGIS, D., “Filosofía y compromiso en Derrida y Levinas”, en *La lámpara de Diógenes. Revista de filosofía*, Nro. 18 y 19, 1999, Pág. 201-212.
- LATOURET, B., “¿Por qué se ha quedado la crítica sin energía? De los Asuntos de Hecho a las Cuestiones de Preocupación”, *Revista Convergencia*, Nro. 35, Brasil, Universidad de Campinas, mayo-agosto de 2004.
- _____, *Reensamblar lo social*, Buenos Aires, Manantial, 2008.
- Nubiola, Jaime, “La clasificación de las ciencias y la interdisciplinariedad según Charles S. Peirce”, *Revista Indicios*, Nro. 6, octubre 2010-marzo 2011, México, UACM, Pág. 16.
- PEIRCE, C., *El hombre un signo*, España, Ed. Crítica, 1988.
- VERÓN, E., *Efectos de agenda II. Espacios Mentales*, Buenos Aires, Gedisa, 2002.